

Oh! Les beaux jours
(Riverside Studios, Londres)
Director: Peter Brook, con
Natasha Parry y Jean-Claude
Perrin. Vestuario: Chloé
Obolensky.

Autor:
Margarit, Lucas

Revista:
Beckettiana

1999, 7/8, 144-145.



Artículo

Oh! Les beaux jours (Riverside Studios, Londres). Director: Peter Brook, con Natasha Parry y Jean-Claude Perrin. Vestuario: Chloé Obolensky.

Quizás esta obra de Beckett sea una de las que más riesgos presenta para un personaje femenino; el papel de Winnie sin duda es complejo, su texto contiene variantes y sutilezas que deben ser representadas con la precisión que señala el mismo Beckett en el texto.

Esta obra fue un desafío para Peter Brook, quien desde su "espacio vacío" nos introduce en la obra y el clima beckettianos con una limpieza y claridad técnica casi perfectas.

Al tomar asiento en las gradas, frente a ese espacio vacío, uno se encuentra también frente a un escenario con un tenue telón que cubre la escenografía, una luz blanca diluye los contornos de los objetos sobre el escenario. Este telón se levanta y vemos el escenario con nitidez. Una claridad blanca que recubre y exagera el montículo desde donde emerge Winnie, pálida y escotada, con un collar de perlas recorriendo su esbelto cuello. Una elegancia perdida se percibe en ese tronco emergente, una elegancia que se desintegra con el cuerpo que se pierde.

La imagen: frente a un fondo blanco, cuadrado, casi sin ángulos se levanta este montículo. Un montículo de arena y hierba. La luz se intensifica y deja al descubierto la escena. El paraguas continúa en su lugar, tal como lo indica Beckett. Primer timbre, segundo timbre, Winnie se despereza, un rezo casi inaudible es dicho por la protagonista con gestos leves pero seguros. Gestos delicados ejecutados con las pausas necesarias, con los tiempos respetados al pie de la letra, pero a su vez con la torpeza gris que traen los años y la decadencia.

Quizás a esta Winnie le falte un poco de trivialidad en sus gestos pero no en su enunciación de las palabras, sin embargo el cuerpo de la actriz rememora a esas mujeres elegantes en plena y completa decadencia. Un cuerpo blanco, esbelto, de brazos finos y manos delicadas y firmes. Su vestuario remarca el recuerdo de los restos de una elegancia austera.

La decadencia del cuerpo, su hundimiento en el montículo, (en el segundo acto sólo emerge la cabeza de Winnie) trae como consecuencia la imposibilidad

de los movimientos, lo que implica el hundimiento de un sistema de gestos que debe ser suplantado por las palabras que enuncia.

En esta obra es necesario que la representación de la gestualidad se manifieste por el rostro de la protagonista, por sus ojos. En esta oportunidad Natasha Parry sorprende por la ductilidad de su mirada, por el movimiento de sus labios, creando un personaje con rasgos mínimos pero significantes. Los objetos, estando la protagonista en esta posición son ahora inútiles, como lo fueron siempre las palabras que los nombran. ¿Para qué un espejo si no puede ser sostenido por una mano? Es necesario volver a empezar, pero peor... La actriz en un decir continuo, en su monólogo, logra captar el clima de esta compleja escena, respetando los silencios y las pausas y los tonos de voz, que acompañan los gestos recién mencionados. Así podemos decir que esta es una obra carente de acción. La acción son las palabras, el decir y cada vez más el decir y su gestualidad. Winnie habla, Willie casi contesta, a veces. Casi un monólogo que no cesa de repetirse. Es necesario hablar para no hundirse más...

Todos estos rasgos reflejan en esta puesta de Brook la solidez de una de las obras más complejas de la dramaturgia de este siglo. La excelente y precisa actuación de Natasha Parry -pese a que antes remarcábamos la falta de un toque de trivialidad-, coordinaba sus movimientos con sus palabras de una manera asombrosa. Los silencios precisos daban al texto la relevancia que merece. El papel de Willie en manos de Jean-Claude Perrin, pese a estar en un segundo plano sigue las indicaciones textuales de forma exacta, complementando su actuación con la de Natasha Parry con la sobriedad y la precisión que esta obra requiere.

Esta puesta refleja una dirección de actores impecable. Peter Brook dirige desde un seguimiento muy cercano al texto, respetando los silencios, las pausas, el lenguaje de la obra beckettiana, donde el espacio, el tiempo y el decir deben funcionar como una maquinaria. Esta lúcida visión de *Oh les beaux jours* junto a la actuación de la protagonista y su acompañante se complementaba con una puesta, sobria y elegante, donde cada lugar del escenario respetaba esa mirada hacia el vacío. La decadencia del cuerpo en íntima relación con ese espacio que remarca con el montículo ese desierto blanco que sólo es un accidente habitado.

Lucas Margarit